

Ciudades latinoamericanas: una utopía intelectual

Marcela Croce

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ABSTRACT

This paper analyzes Latin American utopian texts of the nineteenth and twentieth century, from Francisco de Miranda political-independentist proposal to Carlos Gamerro's novel *Las islas*, taking as axis of the travel Gisela Heffes's book *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. The central hypothesis is that fictional cities participate in the construction of major intellectual utopia, which is the very idea of Latin America.

Keywords: Latin America; imaginary cities; utopia

El ensayo recorre textos utópicos latinoamericanos de los siglos XIX y XX, desde la propuesta político-independentista de Francisco de Miranda hasta la novela *Las islas* de Carlos Gamerro, tomando como eje de la travesía el libro de Gisela Heffes *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. La hipótesis central es que las ciudades ficcionales participan en su imaginaria de la utopía intelectual mayor que es la idea misma de América Latina.

Palabras clave: América Latina; ciudades imaginarias; utopía

Del mismo modo en que Theodor Adorno decretaba que es imposible escribir poesía después de Auschwitz (Adorno, 2009) y Elías Canetti –más cauto– se preguntaba si es lícito sostener una postura objetiva después de Hiroshima (Canetti, 2008), sería un desafío intelectual igualmente riesgoso restringir la ciudad utópica al plano ficcional (sobre todo en el orden latinoamericano) luego de la construcción de Brasilia en 1960.

En verdad, la condición utópica resulta refleja aplicada a las ciudades. La primera utopía es la de América Latina como espacio homogéneo y –como ya advirtiera Ángel Rama– se trata de una utopía intelectual. Es la alucinación de los letrados que confían en una unidad sostenida en la historia común y que apunta hacia un futuro auspicioso no menos que hacia la actitud defensiva que reclaman los ataques que ha recibido, sin periodicidad estricta ni motivación puntual, desde la “destrucción de las Indias” hasta la ominosa presentación (felizmente frustrada) del ALCA.

Recientemente fue Gisela Heffes quien se encargó de la condición utópica de las ciudades latinoamericanas, aunque en vez de registrar los elementos ficcionales que abarrotan las urbes concretas, prefirió indagar las ficcionalizaciones a que fue sometida la idea de ciudad latinoamericana. El libro –su tesis doctoral– lleva por título *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana* y recorre los siglos XIX y XX, comenzando en la independencia y llegando hasta la década de 1990, en un trayecto erizado de propuestas contradictorias, sofisticadas, científicas y terroristas (Heffes, 2008). El objeto mismo de su investigación engarza en la correlación dominante entre la civilización –el imperio de la *civis*–, amenazada por el amorfismo social, y la morfología urbana crecientemente compleja como modo de contrarrestar la anomalía.

Pero el punto de partida es fundamentalmente discursivo y apela a la utopía como género literario –que en América Latina se expande durante la modernización decimonónica–, además de permitir y fomentar las asociaciones de la ciudad con el teatro cuyo paradigma provee el estudio que Rama dedica al balcón como aquella zona intermedia de la casa que tiende hacia la calle (Rama, 1985), una especie de palco *avant-scène* para lanzarse al mundanal ruido al tiempo que una escenografía recortada para mostrar al público callejero el perímetro que no llega a ser el exterior pero tampoco reviste la intimidad y el resguardo del interior burgués.

Apuntando a las convicciones de *La ciudad letrada* (Rama, 1984) y abundando en una deuda no siempre explícita con su autor, Heffes establece que “las ciudades constituyen las armas a través de las cuales los letrados del siglo XIX erigen la forma del futuro” (Heffes, 2008, p. 30). En momentos previos habían revestido otra función que no deja de registrar pero que limita al catálogo, menos interesada en la descendencia americana de la *Civitas Dei* agustiniana –las ciudades-hospitales de Vasco de Quiroga en el siglo XVII, las Misiones Jesuíticas en el XVIII, el Colegio de Misioneros en el XIX– que en la expansión del damero proyectual que define buena parte de los ejercicios urbanos latinoamericanos desde la regulación geométrica de la *Roma quadrata*.

Pero básicamente el abandono de las ciudades coloniales –en las que se especializa, en cambio, cierto sector del libro de José Luis Romero organizado a partir del correlato entre urbes e ideas (Romero, 1984)– tiene su justificación en la voluntad de focalizar el período independentista como punto de partida de lo que siguiendo a Pedro Henríquez Ureña se magnifica en “la utopía de

América" (Henríquez Ureña, 1977). La primera utopía del corpus, la inauguración de la ciudad imaginaria en la efervescencia independentista, es Colombo, la polis federal imaginada por Francisco de Miranda, no desde la Venezuela natal sino desde el Londres al que fue a recabar fondos y apoyos, y redactada en el francés que el Iluminismo había confirmado como lengua de la Razón luego de la habilitación cartesiana en tal sentido.

La utopía de Colombo apela a la expulsión de la violencia que el otro Colombo, Cristoforo, había aplicado durante la Conquista, al tiempo que convoca una integración en la "ciudadanía americana" cuya repercusión más inmediata es el Congreso Anfictiónico reunido por Simón Bolívar y cuya resonancia más precisa aparece más de ciento veinte años después, en la postulación de Augusto César Sandino de una *nacionalidad latinoamericana*.

El llamamiento bolivariano puede ampararse en el planteo de su compatriota Miranda pero cambia de registro. En vez de una utopía redactada en francés opta por una carta escrita en inglés, y en lugar de enunciarse desde la metrópoli británica lo hace desde una de sus colonias más desfavorecidas, la isla de Jamaica. Correlativamente, abandona el ímpetu colombino para pronunciarse por el humanismo parcial del obispo Las Casas, proponiendo ese nombre para la ciudad que será la intersección de Nueva Granada con Venezuela, aunque el papel de capital de la Gran Colombia diseñada en esa misiva se reserva para Bogotá, donde el general insurrecto ingresa el 8 de agosto de 1819 tras el triunfo en Boyacá (Romero, 2009).

La construcción discursiva es resultado de los éxitos militares: si en el momento de organizar el ejército el optimismo se derrama en utopía, en la etapa de los triunfos bélicos el informe se trueca en manifiesto y la liturgia religiosa que había agobiado el perfil de las ciudades latinoamericanas –con sus catedrales, sus nombres abusivos en la fe, sus obispos entrometidos en la política y sus milagros fraudulentos como manipulación colonial de la opinión pública (Usigli, 1964)– redundante en una simbología secularizada que enfatiza la invención de la tradición como un rol fundamentalmente intelectual (Hobsbawm, 2002; Anderson, 1993).

La utopía es el resultado discursivo de la crisis, que se traduce en la impronta revulsiva con flexión de futuro. La ciudad es justamente un modelo de armonía en un marco de cambios tempestuosos. Tanto Miranda como Bolívar (y luego Sandino) postulan como sede ideal de la urbe unificadora al istmo de Panamá, como si ese quiebre geográfico operara idealmente como cicatriz fundacional, como *ónfalos* o como la herida de Ulises en el muslo de la cual deriva toda la representación occidental (Auerbach, 1984), o bien como el Cuzco, centro del mundo conocido por apropiación.

Las expectativas en un futuro optimista concebidas en la época de la independencia comienzan a atenuarse hacia mediados de siglo, cuando se imponen los caudillismos y los intelectuales adquieren la postura denunciante y exacerban sus impresiones en ensayos en que el idealismo y la recaída esencialista contribuyen a la profusión de dicotomías, cuanto más terminantes más arraigadas, que se sintetizan con eficacia en la conceptualización mayor de *civilización y barbarie*. El desdén sarmientino por el chiripá y la bota se potro, que lo horrorizaba en los federales de las provincias argentinas, se va ajustando a las modalidades continentales recorriendo la figura del llanero Páez en Venezuela y la del protoemperador Iturbide en México para estrellarse en ese

inconcebible “tirano ilustrado”, de extracción jesuítica y rigidez implacable que fue el Doctor Francia.

La alternativa de civilización y barbarie, que se va trocando en disyuntiva a medida que las configuraciones estatales adquieren poder suficiente para encarar la represión, orienta la introducción del positivismo en Latinoamérica que, aplicado a encarar un dualismo, arrastra esa ambigüedad en su misma pretensión metódica, volviéndose progresista al combatir el colonialismo esclavista y reaccionario en su resistencia tenaz a los cambios revolucionarios (Heffes, 2008, p. 107). Es así como la *bête noire* del positivismo, el anarquismo, encuentra en la intelectualidad *à la page* sus mayores detractores, a la vez que se expande en una *intelligentzia* marginal que se sustrae al sueño de la razón –engendrador de monstruos– para especializarse en el onirismo de una armonía natural.

La condición destructiva con que la filosofía dominante a comienzos del siglo XX condena el accionar libertario se revierte en utopía constructiva que recalca en *La ciudad anarquista americana* de Pierre Quiroule (1914) e inspira el insomnio feraz de *La ciudad de los locos* (también de ese 1914 en que se apunta a la promesa americana en la inminencia de la destrucción europea) de Juan José de Soiza Reilly para reclamar el cierre del recorrido con un texto que Heffes esquiva o ignora pero que resulta irrenunciable si de locos, encierros forzosos, liberaciones clandestinas y ejércitos de la noche se trata: *Megafón o la guerra* (1970) de Leopoldo Marechal.

En la última novela del autor de ese recorrido en clave por la ciudad martinfierrista que es *Adán Buenosayres* (1948) se otorga continuidad al personaje de Samuel Tesler, cuyo kimono homérico queda desplazado por su internación en el hospital “José T. Borda”, de donde será liberado por un grupo clandestino que conoce la existencia de túneles entre el neuropsiquiátrico del barrio de Barracas y las construcciones igualmente vetustas del hospital de Infecciosas “Francisco Muñoz” y del Instituto de Microbiología “Carlos Malbrán” que se ubican en camino al vecino barrio de Parque Patricios. Las catacumbas coloniales que sostienen la perspectiva utópica de liberación nacional a través de un pueblo en armas representado por Patricia Bell en *Megafón* encuentran su contrapartida ominosa en la misma década del 70 en los corredores subterráneos de la iglesia de la Santa Cruz del barrio de San Cristóbal desde los cuales el capitán de navío Alfredo Astiz secuestraba a sus víctimas tras infiltrarse como familiar de desaparecidos en las reuniones desarrolladas en el templo.

Como la pornografía –y podría agregar como el discurso psicótico, salpicado de reiteraciones– “las narraciones utópicas carecen, prácticamente, de argumento” (Heffes, 2008, p. 145). En ellas se impone lo regular antes que lo original, el modelo *more geometrico* más que el desborde imaginativo. No obstante esa misma geometría habilita algunos excesos de los que da cuenta la literatura, ya sea en *Una semana de holgorio* (1919) de Arturo Cancela donde el personaje se pierde fuera del damero consuetudinario y se somete a una aventura inverosímil que hace de la Semana Trágica una parodia de aniquilación, ya sea en la nebulosa y afantasmada Buenos Aires (Bastos, 1989) que se perfila en la inquietante morfología de la malvada serie desplegada en “La muerte y la brújula” (1942) de Jorge Luis Borges.

Es justamente Borges quien abusa de la perspectiva geométrica sometiendo a escrutinio desafiante no solamente la ciudad sino el género

urbano de mayor éxito editorial: el relato policial. Surgido en 1845 con los escarceos puramente racionales de Edgar Allan Poe con vistas a la resolución de un enigma, el policial desarrolla hacia la década de 1920 en Estados Unidos una vertiente en la cual la nota distintiva es el riesgo que corre el detective al tratar de resolver un crimen producido en zonas oscuras (linderas con los bajos fondos) de ciudades multitudinarias. Combinando el enigma con la serie negra, Borges se lanza a la utopía de “la ciudad de mi cuento” donde el río de aguas barrosas autoriza la indistinción entre lo urbano y el suburbio y la geometría se enloquece –con las piedras imanes que alteran la brújula desde la “Fundación mitológica de Buenos Aires” (1929)– para conducir hacia el sur provinciano donde se revelan las dualidades, las simetrías y las amenazas. Versión tardía y perversa de la dicotomía de civilización y barbarie, la *civis* geometrizada pierde su condición armónica y exhibe su faz vengativa, coincidiendo involuntariamente con la advertencia que lanzaba Ezequiel Martínez Estrada en *La cabeza de Goliat* (1940), cuando al observar el pasto que crecía entre los adoquines de las calles intuía que a través de esa vegetación informe pero proliferante e insidiosa sobreviene la venganza de la pampa por la instalación de una aldea pretenciosa que procura desmentir con sus ínfulas civilizatorias el determinismo de la transitoriedad.

En las ciudades utópicas la geometría se ofrece como garante para resolver imaginariamente las contradicciones reales (Jameson, 1989), pero al mismo tiempo opera como barrera de contención de la seguridad y la intimidad, que se revelan concomitantes y opuestas, ya que “al desaparecer los pasadizos, la penumbra de los callejones y los refugios secretos, desaparecen a su vez los espacios íntimos y cerrados” (Heffes, 2008, p. 168). Pero esa urbe ideal, sea en la pesadilla borgeana o en el optimismo de Quiroule, apela a una perfección que confía en los principios de un saber lateral, se trate de la filosofía que avanza por paradojas en el cierre de “La muerte y la brújula” con la línea recta de Aquiles y la tortuga, se trate de la historia que avanza por crisis en un movimiento espiralado como el que diseña el marxismo para llegar a la sociedad ideal que para Quiroule asegura el éxito de quienes luchan por “tierra y libertad” como su contemporáneo mexicano Emiliano Zapata. En cualquiera de ambas alternativas, el albur más peligroso consiste en *desamericanizar* la ciudad, sometiéndola a una identidad tan inestable que los episodios que las componen podrían transcurrir en cualquier espacio.

Es entonces cuando conviene recuperar la condición novedosa y edénica de Latinoamérica, no ya en los términos que trastornaron a los conquistadores españoles sino en la perspectiva oblicua que para un área mayormente hispánica ofrece el catálogo de optimismos portugueses que despliega Sérgio Buarque de Holanda en *Visión del Paraíso. Motivos edénicos en el descubrimiento y la colonización del Brasil* (1959). Y también en esa otra parte de América, la sajona, tan próspera en comunidades imaginadas que van desde la New Harmony de Robert Owen (1825) en Indiana hasta el falansterio “La Reunión” de Victor Considérant (1854) en Texas, pasando por la Brook Farm (1841) en que participó Nathaniel Hawthorne, liberado momentáneamente de antepasados puritanos repelentes y de siniestras letras escarlatas.

Si en términos geográficos es legítimo semejante recorrido, en el orden histórico las complejidades son mayores y el geometrismo abstracto prometido por ciertas insubordinaciones literarias se corresponde con una renuncia a la presunta linealidad de la sucesión epocal que deriva en “una regresión y un

estancamiento que, en muchos casos, se equipara a la Edad Media, con el agravante de que éstas deben convivir con una modernidad real” (Heffes, 2008, p. 200). La utopía que se impone en este momento del neoliberalismo a ultranza es la que consta en *Waslala* (1996) de Gioconda Belli, cuya descripción instiga a contrastarla con la comunidad ideal de la que participó Macedonio Fernández en Paraguay a fines del siglo XIX, arruinada irremediabilmente por los mosquitos y el calor. Sin embargo, la condición literaria de *Waslala* se advierte no sólo en su circulación misma sino en la vehemente intertextualidad que establece con el *Aleph* borgeano al situarse en una ranura del tiempo-espacio, mientras su condición urbana tributa a lo que Gorelik identifica en la Buenos Aires de los 90 como “tugurización” (Gorelik, 2004), que en la versión belliana se resuelve en el copamiento de un edificio hasta derivar en su inevitable desmoronamiento, a manera de un estallido de intolerancia edilicia.

Es la advertencia porteña de Martínez Estrada, extendida ahora a su dimensión latinoamericana: la ciudad se disuelve, sus muros evaden la mampostería para volver al barro primitivo, la totalidad articulada se astilla en fragmentos y el lamento por la urbe perdida arrastra el *élan* de la melancolía que develaba Giorgio Agamben: no se trata de la tristeza por lo que se ha perdido sino del irrefrenable duelo por la pérdida de lo que nunca se ha tenido (Agamben, 2006). El trayecto no puede prescindir de su circularidad: las ciudades que Heffes llama *amodernas* como condensación y culminación de los ejercicios previos, al tiempo que como correlato literario del neoliberalismo y el posmodernismo, proliferan en “espacios clandestinos, superpuestos unos con otros, contraseñas, túneles cifrados, e involucran muchas veces la presencia de guías” (Heffes, 2008, p. 233).

Acaso por su menor atención a los autores argentinos –prevención que la protege de nacionalismos sospechosos y de centralizaciones excesivas que harían naufragar la vocación latinoamericana; prevención a la cual, notoriamente, soy inmune–, Heffes no advierte que esa misma definición es aplicable a textos previos, si no al trayecto mismo que trazó. Los espacios superpuestos con guías casi ineludibles retoman la imagen de los nueve círculos infernales que Dante cedió como símbolo, a la vez que regresan a la esfera omniabarcativa del *Aleph* bajo la guía de otra Beatriz, al espacio concéntrico del edificio prostibulario de *Megafón* y a esa versión moderna y con demostrable arraigo catastral que consta en el capítulo “Parque Chas” de *Las islas* (1998) de Carlos Gamerro. El barrio porteño formulado sobre círculos, que repugna el concepto de esquina y que prolifera en los cruces de bocacalles con idéntico nombre, suma a tal extrañeza la de que la diagonal que lidera el trazado haya recibido la designación “La Internacional” durante unos años de la Década Infame (1930) de dictaduras y gobiernos fraudulentos, para persistir en el militarizado de Benjamín Victorica en todos los mandatos democráticos que se sucedieron desde entonces.

En la ciudad afantasmada de Gamerro en la cual arbitrariamente cierro un recorrido que decide clausurar las hipótesis cuando advierte que conllevan el riesgo de volverse aburridas o de abrigar pretensiones de tesis, parece resonar la observación de Aldo Altamirano –a la que otorgo aquí entonación de advertencia– según la cual el damero urbano resulta “reflejo instintivo de racionalización del espacio frente a la inmensidad de un continente inabarcable” (Altamirano, 1989, p. 21). Toda resistencia a ese modelo pautado tiende así a una forma de utopía. No fue ni es mi intención clasificarlas; sólo

recorrerlas para reponer una tradición ignorada, para recordar una voluntad de intervención sobre el espacio cuya fijación escrituraria contribuye de manera vehemente hacia esa utopía mayor que es la idea de América Latina.

Bibliografía

- ADORNO, Theodor. *Crítica de la cultura y sociedad*. Madrid, Akal, 2009.
- AGAMBEN, Giorgio. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia, Pre-Textos, 2006.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- AUERBACH, Erich. *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- BASTOS, María Luisa. *Relecturas*. Buenos Aires, Hachette, 1989.
- BORGES, Jorge Luis. *Obras Completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974.
- BUARQUE DE HOLANDA, Sérgio. *Visión del Paraíso. Motivos edénicos en el descubrimiento y la colonización del Brasil*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.
- CANCELA, Arturo. *Una semana de holgorio. Diario de un guardia blanca*. Buenos Aires, La Novela Semanal, 1919.
- CANETTI, Elías. *Apuntes*. Barcelona, Debolsillo, 2008.
- GAMERRO, Carlos. *Las islas*. Buenos Aires, Simurg, 1998.
- GORELIK, Adrián. *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- HEFFES, Gisela. *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2008.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *La utopía de América*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- HOBBSAWM, Eric. *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002.
- JAMESON, Fredric. *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid, Visor, 1989.
- MARECHAL, Leopoldo. *Megafón o la guerra*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. *La cabeza de Goliath. Microscopía de Buenos Aires*. Buenos Aires, Emecé, 1946.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- RAMA, Ángel. *Las máscaras democráticas del moderno*. Montevideo, Arca, 1985.
- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. México, Siglo XXI, 1976.
- ROMERO, José Luis. *La ciudad occidental*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- USIGLI, Rodolfo. *Corona de luz*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Marcela Croce

Doctora en Letras por la UBA, donde dicta la materia "Problemas de Literatura Latinoamericana" y dirige el proyecto *Latinoamericanismo*. Es autora de *Contorno. Izquierda y proyecto cultural* (1996), *Oswaldo Soriano: el mercado complaciente* (1998), *David Viñas, crítica la razón polémica* (2004), entre otros.

Contacto: mcroce@filo.uba.ar